

RESEÑAS

BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del, *La Hueste Perulera* (Selección). Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima, 1981. 334 págs.

En esta obra reúne José Antonio del Busto, especialista en el período de la Conquista, una serie de biografías de los compañeros de Pizarro en la captura de Atahualpa. Se trata de un conjunto de 27 textos, la mayoría de los cuales proceden de artículos publicados en la década de 1960, principalmente en la *Revista Histórica* y en *Mercurio Peruano*, y de un par de ponencias sustentadas ante el III Congreso Nacional de Historia del Perú (1963). Mediante una aguda captación del ambiente histórico, el autor busca compenetrarse con la mentalidad quinientista, persiguiendo el propósito de mostrar a los conquistadores como lo que realmente fueron, es decir “hombres y nada más que hombres” (pág. 9). Para ello recurre a abundantes testimonios de la época, como papeles inéditos del Archivo de Indias, las crónicas de los siglos XVI y XVII y otras fuentes documentales impresas.

Con ameno estilo narrativo, en ocasiones cercano al relato novelesco, empleando frases cortas y dentro de una bien lograda ilación, Del Busto realiza la semblanza de varios de los más representativos componentes de la tropa pizarrista. Para cada personaje, intenta ofrecer un cuadro completo de su vida. Y de esta forma, excluyendo al capitán general —sobre quien ha tratado por extenso en su libro *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador* (1966)—, se ocupa desde los jefes de la milicia hasta los soldados más humildes: el trompeta, el pregonero, el carpintero, el tonelero, entre otros.

Conviene precisar que en la colonización española del Nuevo Mundo se entiende por *hueste* al ejército que salía a luchar contra los indios; era una empresa militar, dentro de la cual funcionaba una marcada jerarquía. Sus integrantes eran generalmente jóvenes y provenían de diferentes regiones de la Península Ibérica, pero casi todos tenían por común denominador a la pobreza. Ellos, guiados por su impulso hacia lo desconocido y lo nuevo, partían con la ambición de adquirir oro y —sobre todo— honra, para perpetuar así la buena

fama de su persona y su descendencia; y de paso conseguirían la grandeza del Imperio español y el avance de la cristiandad. Pero antes de alcanzar eso habrían de padecer mucho miedo, las penurias del hambre y enfermedades, e incluso la muerte.

La hueste perulera reunía a gente de diversa procedencia y condición social. Ahí se mezclaban hidalgos segundones con villanos y gente marinera, lo mismo que algunos moriscos y judíos conversos, entre los cuales Martín de Florencia, balletero, y Pedro del Páramo, sastre. También participaban unos cuantos extranjeros, como el artillero Pedro de Candia, natural de la isla de Creta, que deslumbró a los indios tumbesinos con los poderes de su arcabuz. Y no faltaban personajes de la talla de Pedro Cataño, encendido defensor del Inca prisionero, quien era un sevillano humilde pero directamente emparentado con un antiguo linaje genovés de ricos comerciantes, entre cuyos miembros se contaban cardenales, arzobispos y el propio dux de Génova.

En cuanto a su preparación, cabe señalar que muchos soldados, especialmente los de rango inferior, eran analfabetos, y el único componente de la tropa que había seguido estudios universitarios era fray Vicente de Valverde, el capellán mayor. Otro factor importante es que buena parte de ellos eran baquianos, es decir contaban con experiencia en la lucha contra los indígenas, puesto que habían hecho sus primeras armas en Nicaragua o Panamá. Varios de los hombres que desempeñaron puestos principales —incluyendo al maestre de campo, alférez real y alcalde mayor— se habían unido a la hueste durante su camino al Perú, a la altura del litoral ecuatoriano, viniendo desde Nicaragua junto con los capitanes Benalcázar y Soto. Por su parte, el herrero Juan de Salinas era el único que había intervenido también en la conquista de México, al lado de Hernán Cortés.

Una vez en territorio incaico, los europeos fueron vistos con tremenda admiración por los aborígenes, creyéndolos emisarios de Huiracocha, imbuidos de poder divino. No obstante, tal creencia duraría poco tiempo, y Atahualpa concibió un plan para ejecutar a todos los invasores; pero —según relata el cronista Diego de Trujillo— un capitán suyo le advirtió que debía conservar con vida a tres de ellos, los que le parecían más interesantes. Eran éstos el herrero, el barbero Francisco López, “que hacía mozos a los jóvenes”, y Hernán Sánchez Morillo, “que era gran bolteador”, o sea experto en domar y derribar a los caballos. Al respecto Porras Barrenechea, quien también estudió con detenimiento los sucesos de la Conquista, comenta que ésa parece la contestación a una en-

cuesta curiosa: ¿qué habrían deseado los incas si se les hubiera dado a escoger tres cosas de la civilización occidental? Y en la respuesta se vislumbra un espíritu de utilidad y un afán de belleza, agrega el mencionado historiador.

Mas los hechos no ocurrieron tal como el Inca lo había ideado. Apresado él en Cajamarca, los soldados se distribuyeron su fabuloso rescate de más de un millón de pesos de oro (sin contar buena cantidad de plata), y después se hicieron aun más ricos con los repartos del Cuzco y de Jauja. Es interesante anotar que en la distribución del tesoro, antes que los cargos dentro de la hueste, los factores determinantes fueron: en primer lugar, la condición de jinete o infante y, luego, la calidad social y la participación del individuo en acciones bélicas. Así, por ejemplo, el alférez real Alonso Romero —que tenía la misión de portar en todo momento el estandarte junto a Pizarro— cobró la mitad menos que Jerónimo de Aliaga, uno de los escribanos.

Colmados de metales preciosos, muchos conquistadores decidieron entonces retornar a España, con miras a disfrutar en su patria de las riquezas que habían conseguido. Y así fue que unos treinta de los captores del Inca arribaron a principios de 1535 a Sevilla. No sabían, sin embargo, que por orden de Carlos V todos sus bienes les serían confiscados apenas al desembarcar, ya que el monarca estaba reuniendo fondos para costear sus empresas militares en el norte de Africa...

Entre los que regresaron en aquella oportunidad figuran: el alcalde mayor Juan de Porras; Ruy Hernández Briceño, que había sido el guardián de Atahualpa; Pero Martín Bueno, el marino que recogió el primer oro del Cuzco, etc. Y otro de éstos lo fue el hidalgo segoviano Juan de Rojas, el cual vino a afincarse en Tordesillas, sirviendo de criado en la Casa Real. El sería el último sobreviviente de los hombres de Cajamarca, pues consta documentalmente que aún se hallaba vivo en 1586, año en que —ya casi octogenario— dirigió un memorial a la Corona, solicitando privilegios por los servicios que había prestado en Indias.

Los que permanecieron en el Perú fueron recompensados con diversas mercedes. Unos recibieron repartimientos de indios, cargos en los cabildos y solares en las ciudades recién fundadas a la usanza española; otros obtuvieron además la categoría de hidalgos y fueron hechos miembros de las órdenes de caballería. Tras una etapa de rápida movilidad social, los conquistadores formaron en este continente una nueva aristocracia, adoptando el modo de vida señorial, que ellos habían conocido como el ideal en el Viejo Mundo. Y aunque mantu-

vieron muchas de las costumbres y normas de distinción social europeas, establecieron también patrones de vida originales y nuevos principios jerarquizadores, tales como la antigüedad en el territorio y la posesión de una encomienda.

Fue sobre la base de la encomienda, precisamente, que se constituyeron las grandes propiedades coloniales, de carácter autosuficiente y monopólico, con tendencia a abarcar todas las ramas de la actividad económica: agricultura, ganadería, minería, comercio, manufacturas, etc. Sobre este punto, es muy ilustrativo el caso (estudiado por Del Busto) de Diego Maldonado *el Rico*, que de ser el paje del Gobernador Pizarro se transformó en el más opulento encomendero del virreinato. Beneficiado él en 1539 con el importante repartimiento de Andahuaylas, supo estructurar pronto un vasto complejo de propiedades, las mismas que hacia el fin de su vida le rentaban unos 30,000 pesos al año. Entre otros bienes, su empresa comprendía esclavos negros y yanaconas, ganado de diferentes especies, casas en Lima, un ingenio en Nazca, numerosas estancias, cocalas y molinos en los alrededores del Cuzco e intereses variados en las minas de Potosí, a las cuales abastecía regularmente de productos agrícolas.

Luego que el dominio hispánico se asentara sobre el destruido Tawantinsuyu estallaron las contiendas civiles entre los mismos colonos, quienes participaron en ellas integrando diversas facciones. Estas agrupaban por lo general a los oriundos de una misma región ibérica, vinculados en torno de algún líder. Y a causa de aquellas circunstancias hubo algunos —Rodrigo Núñez de Prado, Martín de Florencia, el quechuista Hernando de Aldana, por ejemplo— que, debido a su lealtad a la Corona, murieron ahorcados por el sanguinario Carvajal, el *Demonio de los Andes*, maestre de campo de Gonzalo Pizarro. Pero por ser traidores a la monarquía hubo otros —como Martinillo de Poechos, el intérprete tallán— que serían condenados a sufrir castigo de azotes, a perder todos sus bienes y a ser perpetuamente desterrados del país. Asimismo, se dio el caso de Martín Pizarro, quien pese a su parentesco con el rebelde Gonzalo prefirió mantenerse fiel a la bandera del Emperador.

Más tarde, traspasada la mitad del siglo y envejecidos los soldados pizarristas, se aprecia el interesante fenómeno de una crisis de conciencia, por la que se cuestionaba la licitud de lo obtenido en la guerra de conquista. Aquí notamos la influencia del pensamiento de Las Casas, que entre sus principios fundamentales incluía a la restitución a los indígenas de todo lo injustamente adquirido. Y de acuerdo con Lohmann Villena —quien ha investigado el problema en detalle—, fue decisivo el efecto que ejercieron los *Avisos breves para todos los*

confesores del Perú (1560), dictados por el Arzobispo Loaysa, en que se declaraba que los conquistadores estaban impedidos de recibir los sacramentos si previamente no devolvían con exactitud la parte habida por concepto de botín, aplicando dicha suma a obras de caridad. Todo ello se percibe nítidamente a través de la actitud del veterano Francisco de Fuentes, que por su testamento mandó que después de muerto, y para descargo de su conciencia, se vendiera la totalidad de sus bienes, a fin de destinar ese importe a la restitución. Así se comprueba, pues, que "los escrúpulos lascasianos también hicieron mella en los duros soldados del Perú", según expresa nuestro autor (pág. 212).

Haciendo un balance del libro reseñado, debemos indicar que aporta fundamentales precisiones en el orden biográfico, así como en lo referente a genealogía, heráldica y arte militar, y sugiere valiosos derroteros para el estudio del mundo andino en la época situada alrededor de la invasión europea. Desde esa perspectiva, *La Hueste Perulera* cumple cabalmente su objetivo; pero ofrece una visión sólo parcial, fragmentaria, de la sociedad peruana en el tiempo de la Conquista, por lo que debe servir de complemento a la notable contribución que James Lockhart ha efectuado en *The Men of Cajamarca* (1972), obra que permanece insuperada. Sin embargo, todavía esperamos que José Antonio del Busto pueda completar su *Diccionario histórico-biográfico de los conquistadores del Perú* (tomo I, 1973), que ha quedado trunco, aunque cuya publicación se reiniciará al parecer en breve.

Teodoro Hampe M.